

movimiento

Lo volvería a elegir

Marta Acevedo

A Marta la entrevisté en dos ocasiones, inquiriendo sobre todo tipo de cuestiones, desde sus orígenes familiares hasta qué le pasó cuando descubrió una estrella supernova. Me interesaba su proceso personal, cómo se volvió feminista, lo que la alejó del movimiento y los efectos que eso tuvo en su vida. Por pudor, muchas de las preguntas quedaron sin respuesta; por espacio, abarcamos los primeros años de militancia. Se editaron las preguntas para hacer la lectura más fluida y ella hizo la redacción final. En un próximo número seguiremos la historia, ya que Acevedo ha continuado su lucha feminista en otros ámbitos y por otros medios.

M.L.

Mirando atrás

¿Cómo empecé a interesarme en el feminismo? No lo recuerdo como algo gradual sino como algo que me sucedió de golpe. Fue una revelación que me llevó a una rebelión; es lo que te sucede cuando vislumbras algo de lo cual tenías sólo una intuición, y nada queda como antes para el resto de tu vida. Para entonces había estado de una u otra manera en movimientos como el magisterial, el de los telefonistas, o el estudiantil del 68; mucho antes fui catequista con los niños de Romita y los nuevos pobladores de Santa Marta Acatitla, y siempre era trabajar y militar para los demás; ellos tenían razones para organizarse, sus demandas eran claras y aunque en esos movimientos habíamos mujeres, eso no hacía que nos tomaran en cuenta para otra cosa que no fuera apoyo solidario, o sea, disponer de infraestructura para que lo importante ocurriera. Los demás contaban con motivos para organizarse y tenían una causa; las mujeres no nos atrevíamos a articularlas, a decirlas. Y creo que pasamos de un momento de no decir a uno de decir en voz muy alta cosas que no eran

aceptadas, que afectaban en lo más profundo, pues lo que convertimos en político era en gran parte lo personal. Entonces sí había una diferencia con el resto de los movimientos, pues se ponía en juego tu vida cotidiana, toda tú por dentro y por fuera.

Me doy cuenta de dónde arrancan mis obsesiones y mis des-
acuerdos. Mi padre fue médico del Hospital General por poco más de 50 años, estaba a cargo del pabellón de cirróticos e inventó un tipo de curación efectivo y baratísimo: les inyectaba por vía endovenosa el mismo líquido que les sacaba de su enorme panza y eso además los alimentaba: cuestión de importancia básica en un hospital donde robaban la comida de los enfermos. El se preguntaba qué podía hacer con lo que tenía y hacía muchas cosas con los pocos recursos que había en el General. Y mi madre, a su vez, tenía que ingeniárselas para mantener a cinco hijos —como Dios manda, decía— con el salario de un médico que olvidaba cobrar y aceptaba el trueque como la mejor de las transacciones. Lo único que les compraba a cinco niños eran calcetines y zapatos, el resto ella lo cosía o lo tejía. Por un lado veías la entrega y el despiste de mi papá, que era posible gracias al círculo de angustias emocionales y económicas de mamá. Pero lo que ella hacía se veía tan natural... como que para eso estaban las mujeres y ella no sólo aceptaba y se imponía ese papel, sino que había un orgullo en cocinar bien, en conseguir tal cosa a un precio mucho menor, en no dejar un minuto sin hacer algo, en estar ahí a pesar de la infidelidad del otro, constreñida por juicios y sentires. ¡Y con tan poco reconocimiento por el trabajo que hacía! Creía en la rectitud de su propia opresión. Yo reaccioné mucho a estas maneras de ser y de vivir.

Craso error

Fueron muy diferentes los ambientes de las escuelas en las que estudié, pero siempre estuve solo con niñas y muchachas, hasta que entré a la Facultad de Ciencias. En la primaria fui a la escuela pública más cercana a la casa, mis compañeras eran las hijas de los comerciantes del mercado Juárez y era una muy buena escuela; a pesar de ello sólo tres compañeras llegamos a la secundaria 18.

A la secundaria venían niñas de la clase media de varias colonias cercanas, los muchachos de la 3 venían a asomarse, pero la que

tenía novio tenía que hacer malabares con el uniforme pues la dirección no permitía que nos “exhibiéramos” en uniforme con hombres; a mí me daba flojera, leer era más emocionante. Como mis padres se empeñaron en seguirme mandando a escuelas sólo de mujeres, me inscribieron en la Universidad Femenina (UF) en lugar de la Prepa de San Ildefonso a donde fueron una docena de mis compañeras. Craso error pensar que al no tener contacto con hombres se dilataba la inocencia, o no sé bien a bien qué imaginaban, pero en la UF muchas de las alumnas —hijas de republicanos españoles o de judíos— llevaban una vida sexual mucho más abierta que quienes iban a la Prepa 1.

Vivir tantos años entre mujeres y luego entrar a Ciencias en la UNAM representó muchas cosas: quedar deslumbrada por inteligencias muy distintas a las que me eran familiares (o sea las de las mujeres), discutir acaloradamente, írsenos la vida defendiendo nuestros puntos de vista. Casi todos venían de hacer algo más que estudiar, la vida de fuera se reflejaba en la Facultad y se hacía política: fue la época de los movimientos de maestros, telefonistas y ferrocarrileros. Y eso se mezclaba con el reclamo sexual... fue una etapa intensa y fascinante. El ambiente estaba muy lejos de ser el de placidez y de confianza que tenía antes, aquí me sentía a la intemperie, la vida pues; en espacios arquitectónicos que enmarcaban ese sentimiento de libertad, pues fue además ésta la escuela donde encontré que me dejaban hacer cosas para cambiar.

Los biólogos teníamos un plan de estudios del siglo pasado donde la botánica y la zoología, que eran materias básicas, iban seriadas de primero a cuarto año. Al parecer, lo que se valoraba era tu capacidad de memorizar características de bichos vivientes, en lugar de entender los mecanismos físicos y químicos o sus relaciones; en cambio las disciplinas relacionadas con esos mecanismos jeran optativas! Tanto en física como en matemáticas se valoraba mucho lo teórico y los aspectos aplicados se veían como poca cosa, a pesar de que ésto sigue siendo una necesidad para el país... Muchos de los alumnos se dejaban seducir por esa moda, cuando para ser un teórico que produzca necesitas ser un genio, literalmente. Con algunos compañeros me inventé una cosa que se llamaba Sociedad de Estadística y Encuestas; queríamos buscar consensos sobre los planes de estudios a partir de cuestionarios dirigidos a estudiantes y maestros. Al director, el Dr. Torres, le pareció bien y hasta le destinó

a la sociedad un local pequeño —donde jugábamos ajedrez como locos. Se repartieron encuestas a alumnos y maestros sobre los planes de estudio de las carreras de Matemáticas, Física y Biología. Los resultados fueron sorprendentes y los dibujamos en pliegos de manila que pegamos en las paredes donde desembocaban las rampas de acceso, así que todos, alumnos y maestros, se enteraron. Los estudiantes de Biología estábamos de acuerdo en que habría que reducir la parte taxonómica y hacer obligatorias las materias modernas (biología celular, ecología). Había pocos alumnos y maestros de Física que veían el problema. Así que para que se dieran cambios pasó un buen tiempo. En Biología algunas materias dejaron de ser optativas, pero casi cuarenta años después, botánica y zoología siguen siendo la columna de la carrera, con un enfoque menos taxonómico. Esto te da una idea del tiempo que toman los cambios y de la pasiva aceptación de las cosas, aún por personas inteligentes y politizadas. Lo que yo saqué de tan bonito tinglado fueron exámenes a título de suficiencia en botánica y zoología extrañamente complicados. ¡Claro que no los pasé! Aún hoy me cuesta muchísimo trabajo aprenderme nombres o datos. Y seguí otra carrera, la que escoge el 80% de las mexicanas.

El matrimonio

Me gustaba un moreno de Tacubaya que estudió Ingeniería Química, Física y Astronomía. Claro, que mi madre le puso todas las trabas. Un hombre que era ateo no podía ser más que comunista y mi madre no podía creer que no me gustara mejor un joven cristiano del CUM, de coche y ojo verde. Un día llegó a decir: Si estás embarazada, yo me quedo con el bebé, pero no te cases. Y yo: Pues no estoy embarazada, lo quiero y voy a casarme. A mi papá le dolía que no terminara la carrera; a mi madre, que tan inesperadamente decidiera no sólo casarme, sino irme a vivir a Estados Unidos, pues Manuel se iba a hacer el doctorado a Caltech. Tuvimos un hijo “justo al año de casados”, no fue sirenito sino un niño muy blanco de ojos grandes y grises como de gato. Nadie apostó a ese color de piel y sin proponérmelo salvé las preocupaciones de mi madre. A los trece meses nació el segundo hijo, un moreno lindísimo. Por ese entonces los anticonceptivos que estaban al alcance eran los lavados o los espermaticidas

en espuma, además del impredecible ritmo, cualquier método era inseguro y el temor a quedar embarazada siempre estaba presente. Claro que eso influía en la relación sexual y en tu disfrute; yo no dejaba de pensar en los millones de espermatozoides encarrerados tratando de llegar al óvulo, si éste estaba ya listo en las trompas de Falopio o todavía no estaba maduro, si andaba arriba o venía ya cayendo; con un espermatozoide que le rompiera la membrana, ¡ya estabas embarazada! Había que ganarles la carrera y no sabías si lo habías logrado sino cada 28 días. El placer de los hombres no se teñía en esos momentos con preocupaciones. No fue sino hasta que se inventaron los anticonceptivos orales que como mujer podías ejercer tu sexualidad con una libertad que no conocías. Libertad que no duró mas de 15 años, pues ahora son los hombres quienes tienen que usar durante el coito un aditamento, no para prevenir el nacimiento de otra vida, sino para evitar la muerte. ¿No es una paradoja muy cruel?

Aunque vivíamos con poquísimo dinero, realmente la etapa de Estados Unidos yo la gocé bastante. Nos tocó una época muy interesante, toda la cuestión de Nixon, Kennedy y el movimiento de los negros que empezaba, pero nosotros éramos espectadores. En Caltech las colegiaturas eran altísimas, la selección era muy dura, los grupos, muy pequeños; no había más de 1200 estudiantes; en cambio en Berkeley había unos 10000. Caltech era un centro de excelencia y todo eso lo hacía un ambiente muy ascético, de monjes que estudiaban mañana, tarde y noche.

Como teníamos problemas económicos, me puse a trabajar; entré de ayudante al Departamento de Astrofísica donde Manuel estudiaba y trabajaba. Manuel era muy duro consigo mismo y con los demás, nunca me reconoció en lo que hacía. Recuerdo por ejemplo, lo de la supernova. Cuando descubrí esa estrella, subí contentísima a decírselo. Lo primero que me dijo en voz baja fue "cállate"; entonces le tuve que contar todo quedito. Fue como el primer balde de agua fría; y el segundo fue que los demás compañeros me dijeron: "Vamos a hacer una fiesta para celebrar tu descubrimiento, llevamos pizza y cerveza en la noche", y Manuel dijo: "No, yo tengo que estudiar; además, ¿qué no es ése tu trabajo?, ¿por qué se va a festejar algo que es tu trabajo?" Esto del reconocimiento es una cuestión muy conflictiva, y eso que las mujeres nos hemos conformado con

poco. Y aquí hay otro nudo que duele mucho: a los hombres les cuesta mucho compartir tus logros profesionales, resienten tu empeño y por supuesto, escatiman el reconocimiento. El descubrimiento de la supernova, no lo celebramos.

En Estados Unidos el trabajo de la casa era cosa tuya, no había otras mujeres que lo hicieran por ti a menos que les pagaras por hora lo que a otro trabajador. Y es muy distinto saber que la responsabilidad es toda tuya, que la organización de la casa depende sólo de ti, a diferencia de lo que se conseguía en México en ese entonces: una muchacha de planta por un salario equivalente al de unos tres días de la de allá. El trabajo doméstico es algo donde notas un claro cambio en estos años: en Estados Unidos te encuentras ahora con muchas mujeres mexicanas y latinas a quienes les pagan por hora. Aquí, en México ya no hay muchachas de planta sino colonas de ciudades periféricas que cuentan con un lugar propio, viven con su familia, trabajan en varias casas —a su ritmo—, y no piden permiso a la patrona “para ir al pan”. Trabajo doméstico-reproducción social sigue incumbiendo a las mujeres, no es considerado como trabajo real, sino como trabajo hecho “por amor”; está fuera del intercambio del mercado aunque funciona como una formidable variable de ajuste en las épocas de crisis. La crisis está sobre todo en los hombros de las mujeres pobres; sujetos que resisten pero que continuamente se reestructuran: mujeres cabezas de familia —responsables de todo el núcleo familiar, mientras que la presencia del hombre es cada vez más inconstante y aleatoria— que se niegan a ser el último eslabón en una propuesta de desarrollo cada vez más empobrecedora.

El que la sociedad no reconozca la enorme cantidad de producción socialmente necesaria que aportan las mujeres está repercutiendo en la calidad de vida de todos, pero sobre todo de los niños.

Claro que el trabajo de nosotras las profesionistas dista mucho de ser tan explotado. De cualquier modo compartimos un síndrome, el de ama de casa. Por cinco años lo fui de tiempo completo.

Exponerse al ridículo

El artículo sale a fines de septiembre en la revista *Siempre!*, que en ese entonces circulaba ampliamente: estaba en todas las peluquerías —ninguna de ellas unisex—, en los escritorios de burócratas, en mesas de intelectuales, en los puestos de periódico y llegaba hasta Los Angeles. Con esto te quiero decir que era una revista política y cultural muy popular y leída. Pues bien, dos lectoras se tomaron la molestia de preguntar en la revista los datos de la autora, me llamaron y se dio un encuentro muy cálido entre mujeres desconocidas y muy dispares, pero que compartíamos una nueva manera de vernos. Y esta cosa entrañable fue una constante en el movimiento. Fue con ese par de mujeres —que antes no habían estado en política, ni estaban casadas con militantes, dispuestas a arriesgarse para abrir nuevos cauces— que decidimos salir a la calle el 10 de mayo, pues sentíamos que habría otras mujeres dispuestas a reconocer aquello que nos era tan fácil de sentir y tan difícil de articular. Esto sería octubre del 70.* Hice una reunión con gente cercana y también de la Unión de Mujeres para ver qué tantas adhesiones podría concitar un acto alrededor del día de la madre. El artículo les pareció interesante, pero de ahí a organizar lo que pretendíamos y a trabajar con el pequeño grupo, había un gran trecho, les parecía que eso no era político. Que la gente, sobre todo la de izquierda, captara la sutileza y lo central del movimiento —que lo personal es político— fue una de las cuestiones más difíciles de vivir y muy compleja para desglosarla en consignas. A quienes les despertó interés, pues por fin había otra óptica para ver la cuestión, tampoco se animaron: la opinión de sus maridos y conocidos les pesaba enormemente. Iniciar un movimiento con algo que no les parecía político, sino más bien ridículo, era algo que nadie quiso arriesgar, así que nosotras tres seguimos con los preparativos.

Casada con un astrónomo, la gente que frecuentábamos eran de Geofísica, de los institutos de Matemáticas, Física o Ingeniería; no podía decir que eran cerrados o conservadores, pero se negaban a entender cuestiones elementales. Las esposas que podían estar de

* Botella al mar: ¡¡¡dónde andan!!! Hace más de veinte años que nos perdimos el rastro.

acuerdo con lo que plantéabamos eran acalladas con alguna frase chusca, cruel, de alguno de los maridos. Más que discusiones se armaban broncas, se descalificaba y agredía. Jamás los hombres descubrieron sus temores: su actitud era de burla, de innecesaria agresión. Un amigo le comentó a Manuel: "¡Cómo dejaste que tu mujer publicara esto!" Manuel en cambio, viéndolo a distancia, fue mucho más feminista, de verdad... vivió todas esas cosas, sin que aún fuera moda intelectual. A él lo del día de la madre le parecía una puntada; a pesar de ser de izquierda, al Partido Comunista lo consideraba muy dogmático... no venía de esa estructura mental ni de esa manera de hacer política. Manuel me apoyaba de lejos y en silencio.

Ella te dedicó la vida, tú conságrale un día

El 10 de mayo era como una fiesta nacional y las cosas que se organizaban alrededor, impresionantes. Era la celebración que ponía de manifiesto lo que los mexicanos sentían: ¡ella te dedicó la vida, tú conságrale un día! Entre las tres redactamos un folleto: SOMOS MADRES ¿Y QUÉ MÁS?, y un volante con una caricatura de Magú: PROTESTA CONTRA EL MITO DE LA MADRE, Monumento de la Madre, Parque Sullivan, Domingo 9 de mayo 12 a.m. Testimonios, teatro, canciones. Armamos de tal manera el folleto que contestamos las dudas más elementales que habíamos encontrado al platicar con mujeres de distintos ambientes. Alrededor de la maternidad había una amplia gama de cuestiones que tenían mucho de personal pero también de político y nos interesaba ver ahí, en el terreno, cómo lo tomaba la gente que salía de misa de doce, la que iba al Jardín del Arte, las y los que habíamos invitado y el público que hubiera leído las notas que salieron en tres periódicos.

Armamos cosas que les llamaran la atención a las mujeres y a los niños; me acuerdo que pintamos varias docenas de globos con frasecitas punzantes, le inflabas a tu hijo uno de ellos y te aparecía una pregunta que no te esperabas y ahí tenías a la mamá y a algún papá, tratando de contestar. También habíamos preparado testimonios de mujeres con las que habíamos hablado. Nancy Cárdenas y Amparo Ochoa estaban a cargo de lo del teatro y las canciones, pero ni Amparo ni Nancy se presentaron y te explico por qué. Desde el 68 no había habido manifestaciones públicas así que, muy precavi-

das, pedimos permiso al Departamento Central. Un señor mayor tomó nota: —Quiénes son, qué harán...— Canciones, teatro. —¡Ah! un festival doméstico cultural—. Síiii. —Como se llama su organización—, y Antonieta Zapiáin le puso nombre en ese momento: Mujeres en Acción Solidaria (MAS)... cuando todavía solidaridad significaba muchas cosas. Días después de la petición le llegó a Antonieta un telegrama para que se presentara con el arquitecto no sé cuantos; él ofreció teatros más cómodos que el Monumento a la Madre donde el “festival doméstico cultural” podía hacerse con más lucimiento; pero claro que no queríamos eso. Aducía que tenían que limpiar y lavar el monumento para el día 10 y contestaba Antonieta Zapiáin que no nos importaba tener de fondo a los hombres trabajando. Fue un ir y venir de propuestas y negativas, hasta que el arquitecto, muy cortante, dijo que de ninguna manera podíamos estar la mañana del 9 de mayo del 71, domingo, en el susodicho lugar.

Esta negativa nos puso a pensar que habría broncas políticas y hablamos con varias personas. Rolando Cordera nos recomendó asomarnos, ser cautas e invitar a algunos periodistas. Llegamos temprano; no se veía a ningún equipo de limpieza, había sólo un par de policías y nos fuimos a desayunar. En una camioneta R8 traíamos las pancartas, los globos, la manta, los folletos amarillos, y para las 11:30 los policías ya se habían marchado. Hacia las doce empezó a llegar gente, bajamos las cosas. Nancy y Amparo estaban avisadas de la bronca y decidieron dejarlo para otra ocasión, así que sólo hubo testimonios y la gente estaba interesada. El acto era un tanto heterodoxo, pero salió bien. Desplegamos las mantas, comenzamos a repartir los folletos. Habíamos hecho cartas con testimonios de distintas mujeres sobre su maternidad; las leímos, y después empezaron a preguntar no sólo el público sino los periodistas también. Recuerdo una mujer mayor que nos decía: —¡Claro, detrás de cada madrecita abnegada hay un macho mexicano! Es impresionante cómo si abres la posibilidad de pensar en otros términos las personas responden —y eso que esta mujer tenía más de 60 años. No necesitas sino darle cauce a lo detenido como por un dique por siglos. Una de las características de esa primera etapa del feminismo fue el inmenso caudal emotivo de las mujeres, cómo se desbordaron una cantidad tal de cosas que no habíamos dejado que salieran.

Nos intrigaba que hubiera cámaras de TV. No sabíamos quién las había mandado y estaban a una distancia considerable; el acto

proseguía, y en eso que se estaciona un autobús turístico del lado de Sullivan, del que bajó una hilera de jovencitas en minifalda; nos parecía un contingente extrañísimo, pero no se acercaban; un señor nos avisó que dejarían una ofrenda y se retirarían de inmediato. Eran ¡las concursantes a Miss México! Por eso teníamos cámaras del canal 2. Así que mezcladas con las misses en minifalda, salieron nuestras pancartas y globos, y lo que ya no transmitieron fue la inesperada corretiza que muchas mujeres del público les pusieron a las misses, quienes a pesar de sus tacones pudieron dejar la ofrenda y llegar en *safe* al autobús. El acto se volcó al lado de Sullivan. Después de este incidente, allí, en el Monumento, se formaron tres grupitos de discusión alrededor de la prensa y la TV que querían saber más del asunto. Antonieta Zapiaín, Antonieta Rascón, quien se estrena en ese acto, y yo, coordinamos ese día esos grupos de discusión. *El Día*, *Novedades*, *El Universal*, y *Excelsior* sacaron notas de las actividades, hasta *Siempre en domingo*, el programa televisivo, se ocupó del acto. Entonces nos dimos cuenta que la negativa del DDF a realizar el festival no tenía una cuestión política detrás, sino que ese día, a la misma hora, las misses del concurso iban a lucirse frente al monumento y querían tener el espacio despejado. No valió la pena la zozobra en la que vivimos la última semana pues movilizar simpatizantes para un acto con ciertos riesgos —y más siendo el primero, el primero después de 68 y el primero de las mujeres— fue una responsabilidad grande. Un mes después, el Jueves de Corpus, el gobierno lanza una agresión criminal contra estudiantes. La investigación de este caso sigue pendiente. Así fue como se formó un primer grupo que sería el germen para el movimiento de liberación de la mujer

Callejón sin salida

Poco después me fui a Japón, precisamente el 10 de junio, y el grupo de Antonieta Zapiaín siguió. Cuando regresé, Susan Sontag dio una fascinante conferencia en los cursos de invierno de Ciencias Políticas, a María Elena Sánchez se le ocurre pasar la libreta para que las mujeres que quisieran asistir a un grupo feminista se apuntaran; varias lo hicieron, tú entre otras.

Antonieta Zapiáin lo que había hecho en esos meses era consolidar el pequeño grupo de la plaza Washington. Ella vivía en la glorieta, y era un grupo considerable. Con lo de Sontag se plantea hacer otro grupo, más al sur, y entonces se empezó a hablar de los dos grupos, el del norte y el del sur.

Para principios de 1972 —no recuerdo si febrero o marzo, porque además no poníamos fecha a los documentos— decidimos abrir a más mujeres el MAS y convocar a una conferencia en la escuela Cipactli. Yo me sentía responsable de haber llevado a más mujeres al movimiento, sin saber por dónde seguir. Esa fue una de las partes más angustiantes: ver que no bastaba con sentir lo que sentíamos, sino que había que traducirlo en términos políticos y que todavía no éramos capaces de dar el salto y lo queríamos dar con el pequeño grupo. El cambio político a través de la táctica de los pequeños grupos se utilizó ampliamente en China cuando quisieron reorganizar a las mujeres para implantar la nueva Ley del Matrimonio. En los grupos se expresaban descontentos, se proponían soluciones y se justificaban cambios. Todo esto generó una energía colectiva enorme. Esta energía la sentíamos con las mujeres aquí, pero sólo entre las de clase media.

Nos dábamos de frentazos cuando íbamos con las obreras de Rivetex, las de Camisas Medalla, las de Hilos Cadena, con la gente del Frente Auténtico del Trabajo, que nos decían sí, está muy bien la teoría, pero lo que ustedes plantean son cuestiones personales. En esa primera etapa nos planteamos llegar a las obreras y estuvimos haciendo trabajo con ellas. Y en uno y otro y otro caso la respuesta era muy similar: la maternidad era una cuestión personal, las obreras no se planteaban el cuidado de los hijos como problema, ni como trabajo extra, no pedían guarderías. Nos decían: “el cuidado de los hijos no es problema para nosotras, nosotras dejamos a nuestros niños con las tías o con nuestras mamás. No queremos luchar por guarderías.”

El asunto de la sexualidad era aún peor. Nadie quería reconocer que la mujer estaba aplastada por el trabajo doméstico, por las responsabilidades familiares, por el hostigamiento sexual. El movimiento obrero independiente no admitía que los varones tenían prebendas, así fueran sociales o culturales, y las mujeres no. No era posible que entendieran como opresión la situación de las mujeres porque la veían como “natural”.

Y entonces fue cuando decidimos cambiar de estrategia y llegarle a la clase media. Claro, como la clase media tiene servicio y muchas otras cosas, tampoco pegó organizarnos a partir de lo que significa el trabajo doméstico para el capital. Y para mí fue muy dura esta situación que parecía no tener salida en ninguno de los dos frentes.

En 1975, como las mujeres éramos un tema importante, Naciones Unidas decide qué debe hacerse, el gobierno mexicano empieza a hacerse "feminista" y a cooptar feministas. Algunas dejaron el movimiento para irse a trabajar al programa del Año Internacional de la Mujer. Después de unos años entiendes que tiene que haber procesos de esa naturaleza, pero en ese tiempo era tan joven el movimiento, estaba tan reciente todo, que cualquier oferta siempre disolvía las cosas que había costado tanto trabajo construir.

En el año 76, que me cambio a vivir en Santa Ursula, me salí del grupo, decidí hacer mi militancia en mi trabajo y así me despido de estos encuentros que eran muy desgastantes y de un proceso que se volvía muy repetitivo y frustrante.

Creo que después de veinticinco años las cuestiones fundamentales siguen sin resolverse. No hay una salida política para el trabajo doméstico y lo que ello implica: la servidumbre, la dependencia que te tiene toda a ti como mujer, desde tu sexualidad hasta cómo educas a los niños. Yo creo que aquí en México sólo en la Siderúrgica Lázaro Cárdenas se dio de una manera tangible y social la conciencia de lo que representa parte del trabajo doméstico y de la reproducción social. Las mujeres, sin saber nada de feminismo, sin ninguna feminista al lado, cobraron por sí solas esa conciencia. Y es que fue muy obvio el que, durante los cuatro o cinco años que duró la construcción de la ciudad y la acerera, los obreros recibieran un subsidio de la empresa para satisfacer sus necesidades cotidianas, incluyendo las sexuales. La empresa les daba a los trabajadores un boleto para que alguien les lavara la ropa, un boleto para ir a comer, e incluso había jóvenes que prestaban servicios sexuales (esto sin boletitos). Todo el trabajo doméstico lo pagaba la empresa y el obrero disponía de sus boletitos y los cambiaba aquí o allá. Cuando llegaron muchas de las esposas o compañeras de esos trabajadores, a éstos les dejaron de dar el dinero, no se lo sumaron al salario, sino que se esperó a que la mujer se hiciera cargo, gratuitamente, de lo que antes la empresa pagaba.

Las mujeres se negaron ¡Fue impresionante! Hubo una lucha que duró poco, por parte de las mujeres, incluyendo a las prostitutas. Y ahí no hubo nadie ni del movimiento obrero ni del feminista que articulara esa lucha. Realmente se dio, y para mí ese ejemplo ha sido la confirmación de lo que planteaba, allí se cayó esa mistificación de que, el doméstico, es un trabajo que haces por amor. Y las mujeres pedían que la empresa les pagara, y los obreros también; llegaron a incluirlas en su sindicato, tuvieron voz pero no voto.

Y ahora, el gran triunfo en Pekín es que ¡ya empiezan a contabilizar el trabajo doméstico en las cuentas satélites! ¡Uf!, después de veinticinco años.

Me acuerdo que alguien nos dijo un día: "Ustedes tienen algo así como un año para plantear esto, y si no sale es que no la hacen". Y nosotras nos lo pusimos como una meta a alcanzar. Y claro, es una tontería, ¿cómo pueden hacerse este tipo de comentarios con la mayor facilidad y cómo pudimos nosotras reaccionar como quien se pone a hacer su tarea? Las mujeres constituimos la mitad de la humanidad, no somos un grupo social, y esto tan obvio y elemental plantea cuestiones de organización política muy complejas. Y me parece que mientras no se comprenda que el trabajo doméstico está imbricado con tus cosas más íntimas, tu relación amorosa, tu sexualidad, tu familia, el amor a tus hijos, todo lo que ha estado al cubierto de lo social y de lo político, no se avanzará; y a su vez lo político y lo social, en ti como individuo. El cambio requiere otro tipo de personas, y también requiere que el poder de decisión esté en millones de manos; actualmente pocas personas deciden los destinos de millones de personas. Es muy curioso ver cómo lo que ahora se propone como la óptima organización del trabajo es muy feminista: son pequeños grupos, donde las personas se ponen de acuerdo, tú eres bueno para esto y el otro para eso otro. Ese tipo de organización y no los estímulos tradicionales están subiendo la productividad.

Ha habido un sinnúmero de ámbitos influidos por el feminismo, no los menciono pues las y los amables lectores que han llegado hasta aquí los conocen, y esta revista da cuenta de ello.

Ahora bien, en un balance de estos veinticinco años, a pesar de todo el sufrimiento, la incertidumbre, de todo, si volviera a vivir, volvería a elegir este camino.

octubre 1995